en los brazos, simulando los galones del grado que tenían en el ejército. Asombra el número de curas que, hechos fieras, recorren los campos: los hay agregados á cuerpos ó divisiones bien organizadas, y otros que, sin reconocer jefatura, van por donde quieren, cometiendo fechorías.

Ahora dicen que anda por estos contornos una partida con un cabecilla al frente, también cura, que acaso sea el autor del fusilamiento presenciado por Pateta. Si le pillamos, se divierte.

Basta de carta; no tengo tiempo para más. Escríbeme siempre que puedas y dime de mil maneras que me quieres: la última será la que me parezca más grata. Yo no dejo de pensar en tí, y si no me llamaras romántico, te diría que con tu amor llevo en el alma un amuleto. No tengo miedo á perderte. Hasta tu nombre me parece de buen agüero, y pienso, *Paz* de mi vida, que por tí se está batiendo media España. Pese á quien pese, serás mía. Adiós y recibe el cariño de tu amantísimo.

Pepe."

XXXVIII

Fué una escena suelta que acaso no tenga jamás historiador, un episodio de aquel espantoso drama de la guerra, olvidado ante la magnitud de otras proezas.

Amanecía: el sol, como amante presuroso, arrancaba á la tierra su túnica de nieblas, y de entre las sombras rasgadas por el claror del día iban surgiendo las formas de las cosas.

Frente á los cerros que ocupaba la columna del ejército liberal aparecía, en una hondonada, el pueblecillo de Santa Cruz de Urquilezo, cerradas todas las puertas y ventanas de su miserable caserío de fachadas blancas, en cuyas vidrieras reverberaba la luz del alba, fingiendo llamaradas de incendio. Ningún hombre se veía por los pequeños espacios li-

bres entre casa y casa que hacían el oficio de calles: todos eran voluntarios y estaban en el monte. En las cañadas cercanas no había ganado al regalo de la yerba.

Algunas techumbres despedían el humo de los hogares encendidos, indicando que allí permanecian los viejos, los chicos y las mujeres. Del rio, que regolfando en las riberas serpenteaba entre prados y huertas, se desprendia un vapor gris, deshechado al menor soplo del aire, y la corriente mansa y negruzca pasaba silenciosamente por las presas de los molinos abandonados, como mofándose de las ruedas paradas. No se oían más ruidos que el rápido rozar del viento contra los penachos de los maizales, y á ratos sonar estridente de cornetas lejanas.

Como á un cuarto de legua detrás del pueblo se erguia Monte-Dalarza, impracticable á la derecha por una serie de ásperos peñascales y cortado á la izquierda por un tajo, con honores de cima, que lo separaba del resto de la sierra. Toda la ladera que hacia frente á los cerros aparecia surcada de trabajos de tierra, sin que desde la falda hasta cerca del picacho que coronaba la cumbre quedara en la vertiente un trecho de cien pasos en que no hubiera trinchera-abrigo, pozo de tirador

ó empalizada de cestones, para disparar á mansalva. En aquella posición, casi inexpugnable, se habian apostado varias partidas, fuertes de hasta cuatro mil hombres, decididas á defender el paso. Las quebraduras que tenian á su derecha eran inaccesibles, y el tajo de la izquierda absolutamente imposible de salvar Aquella hendidura, labrada por la fuerza brutal de la Naturaleza, parecía angosta vista de lejos; mas de cerca, sus paredes, formadas por las aristas y angulosidades de las rocas, se apartaban, dejando enmedio un vacío ancho y tenebroso, donde en confuso desorden iba hacinando el tiempo peñas rodadas, troncos caídos y malezas barridas por los vendavales. Nadie oyó nunca chocar contra el fondo del barranco la piedra alli lanzada, ni hubo jamás en la comarca quien se aventurase á explorar aquella cavidad obscura, más obscura según iba siendo más profunda, y de cuyos bordes el ganado se apartaba medroso.

No había más remedio que forzar de frente las trincheras de la falda de la montaña. El plan de ataque consistía en cañonearlas primero, sin disparar un tiro de fusil, y tomarlas después á la bayoneta cuando fuera posible calcular que la artillería habría des-

truido las defensas y desalentado á los combatientes.

A poco de rayar el dia comenzó la lucha, cuyos actores permanecían invisibles, unos tras las desigualdades de los montículos y otros tras los parapetos, construídos con tierra sacada de las zanjas donde se ocultaban. Primero se vió hacia la parte de los cerros, ocupado por los liberales, el humo de un fogonazo que rastreó como una nubecilla, y sonó un estampido: luego se oyó otro, y luego muchos más, hasta quedar las colinas cubiertas de un nublado espeso que tardaba largo rato en disiparse, mientras las cavidades de los montes devolvían en ecos temblorosos y roncos el tronar de la artillería. Las fuerzas carlistas contestaban debilmente al cañoneo: debian tener pocas piezas y de escaso alcance, porque sus tiros iban á estrellarse en un ribazo situado por bajo de los cerros, casi en la orilla del río, produciendo los cascos de granadas, al caer en el agua, anchos círculos de ondas que se estrellaban en las márgenes. Por fin, al cabo de una hora, comenzaron á notárse en la falda del Monte-Dalarza puntos negros é inquietos que semejaban hormiguero turbado: eran voluntarios carlistas que, vien-

do destruidas las trincheras bajas, subían apresuradamente á refugiarse en las altas. De pronto, cuando el cañoneo fué más recio, cayeron dos granadas por bajo de la sima donde habìa una batería, y causaron tan horrible destrozo, que un instante después aquellos puntos negros fueron inumerables, distinguiéndose los grupos de hombres que ascedían á la desbàndada por la vertiente, como reses perseguidas de cerca, en tanto que otros, menos, pero más tercos y valientes, arrastraban á brazo los cañoncejos para emplazarlos más arriba. Al poco rato sucedió lo mismo en el extremo opuesto, enmudeciendo las tres ó cuatro piezas que hacían fuego desde la línea inferior de las trincheras. Los liberales siguieron disparando, y así transcurrió una hora. De pronto, de entre las quebraduras de los cerros, ocupados por el ejército, salieron dos columnas de tropa, destacándose las filas de pantalones rojos sobre el gris terroso del suelo. En seguida, dejando á su derecha el caserío de Urquilezo, bajaron á la carrera hasta lo hondonada, y sin detenerse un momento emprendieron de frente la subida hacia las lìneas de defensa, mientras la banda de cornetas tocaba paso de ataque.

El general habia pedido voluntarios; y como el coronel del batallón de Pepe fuese el primero en ofrecerse con su gente, se le confió la operación, lanzándose las compañias al peligro, con sus jefes al frente, sin que la artilleria dejara de hostilizar el reducto próximo á la sima. Cuando los soldados comenzaron á subir la falda de Monte Dalarza, cesó el fuego de los carlistas: no querian desperdiciar municiones. El sol, que ya picaba, el calor, lo áspero del terreno y el cansancio de las pasadas marchas, entorpecían el acceso; pero, al cabo de media hora, las dos columnas llegaron casi al mismo tiempo á la primera línea de trincheras abandonadas, siguiendo el movimiento de avance: nadie tomó punto de reposo. Continuó la embestida y, ya estaban los más delanteros á corta distancia del reducto, cuando la línea terrosa que señalaba las trincheras altas desapareció de pronto tras una nube estrecha y larga, sonando el estruendoso fragor de una descarga formidable. Más de veinte hombres quedaron tendidos en las breñas: los demás, volviendo las espaldas, corrieron precipitadamente á la hondonada. De los caídos nadie se cuidó. Unos pedian agua, otros murmuraban nombres de mujeres; pero sus

gritos fueron acallados por el rápido pisar de los que huian, brincando entre las matas y removiendo pedruscos que bajaban rodando hasta el brranco. Entonces, una bateria Plasencia, de las situadas en los cerros, avanzó hasta emplazarse casi al alcance de los tiros contrarios, y disparó sin descanso contra las trincheras altas. Los primeros proyectiles cayeron bajos: luego, rectificada la punteria, su efecto fué terrible. Al mismo tiempo los fugitivos, rehechos y animados por sus jefes en la hondonada, dieron principio á la segunda embestida, siendo tan bravo y rápido esta vez el avance que, á pesar de otras dos descargas, las compañias, poco mermadas, llegaron cerca del reducto inmediato á lá sima.

Merced á una quebradura del terreno, el ribazo donde estaba construido el reducto destacaba sobre el azul del cielo, y allí, por cima del parapeto de la obra de tierra, algunos soldados de los que subían vieron desde los primeros momentos de la acometida un hombre de elevada estatura y barba negra que, sable en mano, miraba á los suyos, y endo de un lado para otro, como si quisiera comunicarles su valor heróico. Pepe no le vió; pero Pateta se fijó en él y hubo un momento

en que, interrumpidos los disparos carlistas, el *gatera* madrileño, que iba trepando cuesta arriba como una alimaña del monte, oyó clara y distinta la voz de aquel hombre que, agitando furiosamente el sable, gritaba á los de la trinchera:

– ¡Quietos ahora! ¡quietos, y luego tirad á los oficiales!

Su figura sobresalía del parapeto, destacándose sola y arrogante. Llevaba zarra larga con cordonaje negro, faja morada y gorra pellejera. Pateta, según iba subiendo, le miraba con mayor tenacidad: de pronto, al reconocerle, soltó una palabrota y murmuró con ira:

—¡El del fusilamiento!

Y rápidamente el pensamiento le señaló su verdadero enemigo. Por aquel y otros tales estaba él en la guerra, lejos de su novia. Se acordó del pobre telegrafista, y, afirmando bien los pies en tierra, se echó el remington á la cara é hizo fuego: sonó el tiro, y el cabecilla calló, doblándose por las rodillas. Convencerse de quién era, sentir la tentación y disparar, fué todo uno.

¡Abur, amigo!—gritó al verle caer—y re-

doblando sus esfuerzos llegó al reducto entre los primeros que lo asaltaron.

El carlista estaba tendido encima de un montón de alforjas. Sin duda se arrastró hasta allí para morir. Tenía el cuello atravesado por el bálazo, y los dos agujeros abiertos por el proyectil manaban sangre; el sable estaba caído á pocos pasos, y él, con la mano izquierda, crispada y sucia, conservaba agarrado un trapito rectangular y blanco, sujeto á una cinta que le salia de entre las ropas del pecho. Pateta se acercó con medrosa curiosidad; pero al fijar en él los ojos, lanzó un grito de espanto y tendió en torno la mirada, horrorizado ante la idea de que se aproximara Pepe.

El muerto era Tirso.

Sus facciones no conservaban contracción alguna de ira ni gesto de dolor; pero los ojos, vidriados por la muerte, indicaban todavía el tesón indomable de su alma, sin que bastaran á desfigurarle la barba crecida ni el semblante pálido por la hemorragia. Las líneas duras y angulosas de su rostro parecían suavizadas por la muerte, que imprimió en ellas una serenidad admirable, reflejo acaso de la conciencia satisfecha por el deber cumplido. No parecía caído entre los escombros de un

reducto, sino sacrificado ante las gradas de un altar....

Lo primero que se le ocurrió á Pateta fué cubrirlo con arena, yerbajos y cuanto hallase á mano, porque Pepe, si se acercaba, no le conociera; mas le pareció escasa precaución. Entonces, desconcertado por la prisa, mientras las cornetas seguían llamándole con sus sonidos estridentes, soltó el fusil, y agarrando el cadáver por las manos, lo arrastró penosamente hasta dejarlo en el cercano extremo del reducto que daba junto al borde del tajo; luego volvió en busca del arma y, empuñándola por el cañón, empujó con la culata el cuerpo inanimado, que cayó al barranco arrastrando piedras y rebotando contra las aristas salientes de las rocas.

Un instante después, Pateta seguía trepando jadeante hacia la última línea de trincheras, ya vencidas, donde Pape había entrado con su compañía.

Al entrar las tropas vencedoras al picacho de Monte Dalarza, los facciosos huían cuesta abajo por la vertiente opuesta: ya no se escuchaban cornetas ni se oían disparos, turbando sólo el augusto silencio de los campos el

relincho de un caballo herido y abandonado en la hondonada.

....

Por la tarde, mucho después de haber cesado el peligro, cuantos chicos había en el vecino pueblo de Urquilezo subieron á Monte Dalarza, ansiosos de ver el sitio del combate, resonando su vocerío de rapaces traviesos donde poco antes tronaron los cañones. Los mayores miraban con semblante serio las huellas de la lucha; los pequeños, riendo alegremente, triscaban como cabritillos; todos iban buscando vestigios del paso de la tropa y mostrándose mutuamente las peñas donde chocó una granada, la tierra removida en el piso de las zanjas y el musgo manchado por la sangre; pero lo que más les regocijaba era recoger cartuchos vacíos Uno se encontró en una trinchera un morralilo con un cantero de pan y medio chorizo envuelto en una carta. Por último, subieron todos hasta el reducto inmediato al precipicio, y con grande algazara inventaron otro juego. Reunidos en grupos, empezaron á tirar cantos á la sima. Unos escarbaban con palos para arrancar los pedruzcos de sus terrosos alvéolos; otros á fuerza de empujones, los iban acercando á la

sima y, cuando conseguían dejarlos al borde del tajo, los impelían al abismo, gozándose en verlos desgajar raíces y partirse en mil trozos contra las paredes de roca. Se divirtieron mucho y, como ignoraban que en el fondo del barranco había un muerto, estuvieron largo rato acarreando piedras y terruños, que tiraban al precipicio con inocente furia. Hasta la puesta del sol no tornaron al pueblo.

Parecían el símbolo del porvenir enterrando el cadáver del pasado.

.....

Cerró la noche, negra como un luto por las tristezas humanas; silbó el viento entre los maizales del valle, y el río, emblema de la fuerza inmortal de la Naturaleza, seguia pasando silencioso y lento entre las ruedas del molino, paradas por la mano de la guerra.

FIN.

OBRAS
DE
DON BENITO PEREZ GALDOS

«GLORIA.»
Dos tomos rústica . . . . . ps. 1 50
„ pasta. 1 75

«MARIANELA.»
Un tomo rústica . . . . . ps. 0 60
„ pasta 1 00

«HALMA.»
Un tomo rústica . . . . . ps. 1 00
„ pasta 1 75

«NAZARIN.»
Un tomo rústica . . . . . ps. 1 00
„ pasta 1 38

«TORQUEMADA EN LA CRUZ»
Un tomo rústica . . . . . ps. 0 75
“ pasta 1 25

«TORQUEMADA EN EL PURGATORIO»
Un tomo rústica . . . . . ps. 0 75
„ pasta . . . . . ps. 1,25

«TORQUEMADA Y SAN PEDRO»
Un tomo rústica . . . . . ps. 0 75
“ pasta 1 25

De venta: Aguila 12.

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

33069
N
P598e

PQ6629
.I3
E5

FL

116114

AUTOR
PICON, Jacinto Octavio

TITULO